



ESTUDIOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 21, N.º. 72 (ENERO-MARZO), 2016, PP 27-39
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA.

Experiencia y finitud: La hermenéutica escéptica de Odo Marquard

Experience and Finitude: Odo Marquard's Skeptical Hermeneutics

José A. MARÍN-CASANOVA

Universidad de Sevilla, España.

Resumen

Este artículo se pregunta por la “pregunta a la que es respuesta la pregunta por la Hermenéutica” en el contexto global de la obra de Odo Marquard. Se estudia así, de entrada, su Filosofía de la Hermenéutica en el sentido objetivo del genitivo. Pero, conforme se va obteniendo respuesta, se comprueba cómo esta Filosofía de la Hermenéutica es interpretable también en el sentido subjetivo del genitivo. Se concluye entonces que el pensamiento de Marquard es en sí mismo hermenéutico. Se trata de una Hermenéutica de la experiencia de la finitud, esencialmente escéptica, es decir, pluralista, usualista y contingentista.

Palabras clave: contingencia; escepticismo; experiencia; finitud; hermenéutica.

Abstract

This article questions the “question, to what question is Hermeneutics the answer” within the overall context of Odo Marquard's work. Therefore, his Philosophy of Hermeneutics is studied, first of all, in the objective sense of the genitive. But as an answer is going being found, it is being found too that this Philosophy of Hermeneutics is also interpretable in the subjective sense of the genitive. So, it is concluded that Marquard's thought is itself a hermeneutical one. This is a Hermeneutics of the experience of finitude, essentially skeptical, i. e, a pluralist, usualistic and contingentist Hermeneutics.

Keywords: contingency; experience; finitude; hermeneutics; skepticism.

PRESENTACIÓN: LA PREGUNTA HERMENÉUTICA SOBRE LA HERMENÉUTICA

Con quince años de retraso respecto de la fecha por él estimada¹, Odo Marquard nos ha dejado el nueve de mayo de 2015. Con él se va el creador de todo un género literario-filosófico, la “Literatura trascendental” (*Transzendentalbelletristik*, escritura entre la Filosofía y la Literatura, entre la seriedad y el juego, entre la gravedad y la ligereza, no para ridiculizar lo real, sino para poder soportarlo y sobrellevarlo²), y el pensador más ocurrente e ingenioso del pensamiento (en) alemán de las últimas décadas. En sus textos, con la excepción de uno donde es superlativamente explícito, era frecuente la presencia de la palabra “Hermenéutica”, pero escrita a menudo entre otras de no menor enjundia y como de pasada, siempre tangencialmente. Sin embargo, y quién sabe si para espanto de los hermeneutas, Marquard se consideraba uno de ellos. Nunca aclaró bien por qué. Ni siquiera en ese texto monográfico, “tardía confirmación, largamente demorada, de mi pertenencia al lagar hermenéutico”³, texto que responde al título y a la “Pregunta por la pregunta cuya respuesta es la Hermenéutica”⁴, llegó a dar cumplida respuesta a la cuestión.

Y quizá no lo hiciera porque como él mismo dice “la busca de una respuesta a mi pregunta se torna un poco busca de mi mismo, con la correspondiente tentación de no encontrarla”⁵. Y así, en lugar de presentar este sedicente “motivo privado” como razón digna para solicitar atención sobre la Hermenéutica, Marquard toma en cuenta otras razones para justificar el retorno a lo que ahí mismo llama “un tema tan discutido”. Aquí, no obstante, vamos a considerar las razones explícitas (“dignas”) para intentar rastrear y comprender la razón implícita o “privada” (¿“indigna”?). El punto de partida lo ofrece un pasaje del capítulo, a la vez introductorio y autobiográfico, que da nombre a su libro *Despedida de lo principal*. En él leemos:

(...) la Hermenéutica es el arte, vitalmente necesario para los humanos, de arreglárselas comprensivamente ante contingencias que hay que mantener y distanciar, puesto que seres con tiempo de vida limitado sólo pueden librarse de ellas de manera limitada; y la parte más moderna de ese arte vital consiste en ‘leer y dejar leer’- apaciguar ese ‘texto absoluto’ que fue caso de polémica letal en las guerras civiles hermenéuticas (las guerras de religión), como un ‘texto relativo’ –neutral, literario, estético- entre otros textos relativos, mediante la pluralización también de los modos de lectura, de las versiones de recepción: incluso como división de esos poderes que son los textos y las interpretaciones, así que ‘el núcleo de la Hermenéutica es el escepticismo y la forma actual de escepticismo es la Hermenéutica’. Tenemos que soportar nuestra contingencia”⁶.

En esta -por su extensión- hiperbólica cita se encuentra la almendra de toda la tesis “marquardiana” (en adelante sin comillas) sobre la Hermenéutica, y, en el fondo, sobre la Filosofía toda. Se impone aquí, así pues, su exégesis. Tomando este texto como pretexto su comentario constituirá nuestra presente contribución.

1 MARQUARD, O (2000). *Philosophie des Stattendessen*. Stuttgart, Reclam, p. 135.

2 MARQUARD, O (1981). *Abschied vom Prinzipiellen*. Stuttgart, Reclam, p. 9. Véase también MARQUARD, O (1982). *Schwierigkeiten mit der Geschichtsphilosophie*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, p. 22. Por cierto, justo aquí define la experiencia: “la experiencia: ésta es la empeiría llevada al ámbito de la propia existencia. *L’expérience c’est moi*, esto es ciertamente poco, ni siquiera es Psicología, ¿puede ser Filosofía? Es la otra, la *deuxième philosophie*: la de un “literato trascendental”, la de un escritor que –mayormente- no escribe”.

3 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, pp. 19-20.

4 MARQUARD, O (1981). “Frage nach der Frage, auf die die Hermeneutik die Antwort ist”, in: *Abschied vom Prinzipiellen*. Ed. cit., pp. 117-146.

5 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 117.

6 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 20.

0. HERMENÉUTICA EXPERIENCIA DE LA FINITUD

Ya lo hemos dicho. Marquard se consideraba un hermeneuta. Siendo alemán uno tendería a pensar que se adscribía a las tesis gadamerianas. *Latissimo sensu* es así. Como, si se quiere, a las heideggerianas. Pero, en sentido estricto, no es así. Marquard se sentía hermeneuta, porque fue y se sintió discípulo de Joachim Ritter, el cual le transmitió como enseñanza que observar es más crucial que deducir o inferir, que la experiencia es imprescindible para la Filosofía. Ésta, por indirectamente que sea, debe incluir contenidos existenciales y diagnósticos de época y, sobre todo, debe elaborar la experiencia vital, pues nada puede sustituir a la vivencia, aunque se asusten los aprioristas puros que tienen fobia a lo experiencial⁷. Parafraseando a Kant: La experiencia sin Filosofía es ciega, la Filosofía sin experiencia es vacía. Un filósofo sin la experiencia de aquello a lo que quiere ofrecer respuesta no puede ofrecer respuesta. Y la experiencia lo que requiere, sobre todo, es tiempo, un tiempo siempre limitado. Son muchas las exigencias establecidas por el tiempo de considerable implicación hermenéutica. Con ellas nos las habremos de ver aquí, exponiendo la tesis básica marquardiana: “*La Hermenéutica es réplica a la finitud humana*”⁸.

La primera implicación hermenéutica es lo que, a nuestro juicio, nos previene de todo “robinsonismo” filosófico: el sentido para lo histórico y para las instituciones, cuyo *Leitmotiv* recurrente en Marquard, como cantinela de toda su experiencia filosófica, es que el futuro necesita pasado (*Zukunft braucht Herkunft*)⁹. En abierta y consciente oposición al Heidegger que afirma que la comprensión arraiga en el futuro, Marquard sostiene que:

Manifiestamente, sólo se comprenden e interpretan cosas que *ya están ahí*; incluso quien interpreta anticipaciones, no interpreta sino anticipaciones presentes, no futuras: *la Hermenéutica es primariamente una forma de relación con el pasado*. Cuando una filosofía acentúa la Hermenéutica debe pues valer como hallazgo temporal que precisamente el pasado –al menos como pasado que recibe la impronta del presente: en cuanto *procedencia* (*Herkunft*)- es esencial¹⁰.

De ahí la habitual remisión en los textos de nuestro autor a la experiencia de la tradición, toda vez que nadie puede empezar nunca nada desde cero. Allí donde comienza un hombre no está el comienzo: “antes de cada ser humano ha habido ya seres humanos, dentro de cuyas –contingentes- tradiciones y costumbres nacemos, de tal manera que son nuestra procedencia, con la cual debemos enlazar”¹¹. Por eso, porque experiencialmente sabemos que siempre llegamos con retraso y nos vamos con anticipación, siempre las palabras de Marquard buscan acogida bajo la categoría (favorita de Ritter) de *hypolepsis*. Nuestro hermeneuta lo es de entrada por ser “hipoléptico”, puesto que cada cual ha de enlazar con precedentes. Los humanos nunca se desprenden absolutamente de su pasado histórico, ni pueden cambiar tanto como

7 MARQUARD, O (2004). *Individuum und Gewaltenteilung*. Stuttgart, Reclam, p. 21.

8 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 119. Es significativo que su última obra se presente como una Filosofía de la finitud. Nos referimos a sus reflexiones sobre el hacerse viejo en MARQUARD, O (2013). *Endlichkeitsphilosophisches. Über das Altern*. Leipzig, Reclam. Asimismo es significativo que, en ese breve florilegio de artículos que presenta junto a un par de entrevistas, recupere un capítulo sobre tiempo y finitud, ya incluido en MARQUARD, O (1994). “Zeit und Endlichkeit”, in: *Skepsis und Zustimmung*. Stuttgart, Reclam, pp. 45-58.

9 Éste es un *Leitmotiv* transversal de la obra de nuestro autor, que *verbatim* pasa a dar título a un artículo luego publicado como capítulo del libro MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, pp. 66-78, y que termina intitulado el libro, antológico de su obra, como *Jubiläumsband* por su septuagésimo quinto cumpleaños, MARQUARD, O (2003). *Zukunft braucht Herkunft*. Leipzig, Reclam.

10 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, pp. 119-120.

11 MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, p. 70.

quisieran ni todo lo que quisieran. La innovación precisa de la continuidad¹². Lo inicial ha menester de lo inercial. El advenimiento requiere del devenir¹³. Por eso la Hermenéutica no puede dejar de ser “conservadora” para poder ser “progresista”. Y es que, al no haber comienzo absoluto, al tener que empezar siempre desde un punto determinado, al ser imprescindible el enlace con lo anterior al principio, la Hermenéutica tiene que ser una *Hermenéutica distanciante*. Se impone la distancia. La distancia se impone. En efecto, mediante la posibilidad del distanciamiento del pasado se puede intentar compensar la imposibilidad de acabar con el pasado y hacer soportable la inevitable cohabitación con él. Si no nos es dado transformar el mundo, mejor lo interpretamos. La Hermenéutica responde a la *herencia de la tradición* haciendo algo *en lugar de*¹⁴ cambiar, haciendo lo que se debe hacer, esto es, interpretar: “Los filósofos de la historia no han hecho sino transformar de manera diversa el mundo, se trata ahora de preservarlo; pero la forma más modificada del preservar es el interpretar”¹⁵.

La razón de que no podamos aniquilar totalmente el pasado no es otra que la brevedad de la vida:

En relación con el pasado y con el futuro que es *la propia muerte de cada uno*, ocurre así en el humano: *porque* morimos y lo sabemos, nos vemos remitidos a nuestro pasado. El futuro de cada cual es ‘auténticamente’ su muerte: la vida es breve, *vita brevis*. Esa limitación temporal del ser humano –del *moriturus* que se sabe *moriturus*– lo expone a lo que él ya era: su procedencia¹⁶.

La vida, dicho sea con Ortega, es prisa. No tenemos tiempo. Se nos va la vida. La muerte es más rápida que nuestras transformaciones¹⁷. Esta carencia constitutiva de tiempo, nuestra finitud temporal, hace que nadie pueda distanciarse libérrimamente del pasado que es. El pasado no pasa, ni siquiera es pasado, valga la resonancia de Faulkner. Por eso uno permanece siempre en el pasado aborigen, le es impropio emanciparse de su procedencia. Ésta es la herencia de la tradición: la ineluctabilidad, obligada por nuestra mortalidad, de seguir siendo lo que fuimos. A la sartriana “elección que yo soy” pertenece asimismo la “no elección que yo soy”. No es que no haya libertad para elegir y optar por el cambio. Sólo que esa libertad siempre está limitada o condicionada por nuestra finitud temporal¹⁸. La contingencia histórica del pretérito – siempre pudo ser de otro modo– no lo hace elegible ad libitum, antes bien se muestra como destino ineluctable o casi. “Somos más nuestro destino que nuestra elección”¹⁹. Así suena una y otra vez uno de los mantras marquardianos favoritos.

El sueño de librarse de la proveniencia es eso, un sueño que se desvanece en cuanto nos topamos con la finitud de la vida, un sueño que despierta nuestra mortal edad, nuestra mortalidad. *Queremos*

12 MARQUARD, O (2007). “Innovationskultur als Kontinuitätskultur”, in: *Skepsis in der Moderne*. Stuttgart, Reclam, pp. 83-92.

13 MARQUARD, O (1995). *Glück im Unglück. Normen, Üblichkeiten, Kompensationen*. München, Fink, pp. 66-67.

14 Se podría decir que para el hipoléptico Marquard el pensamiento siempre es “concesivo-conectivo”: se piensa merced a “conectores” como “a pesar de”, “aun así”, “así y todo”, “no obstante”, “sin embargo”, “aun cuando”, “a pesar de eso”. “La Filosofía existe, si uno, a pesar de ello, piensa”. Esta frase atraviesa sus obras hasta la última desde que la usara por vez primera en MARQUARD, O (1976). “Exile der Heiterkeit”, in: PREISENDANZ, W. & WARNING, R. (Eds.). *Das Komische*. München, Fink, p. 133. Este, según nuestra denominación, *pensamiento concesivo-conectivo* es la almendra de la “Filosofía compensatoria” marquardiana, pues cuando se piensa “a pesar de” se piensa “en lugar de”, “en vez de” (*stattdessen*). De hecho, Marquard hace de ese adverbio alemán un sustantivo, el sustantivo que nombra el foco de su mirada filosófica y que repite doquier, hasta el punto de llegar a titular con él uno de sus libros principales. Nos referimos al ya citado *Philosophie des Stattdessen*.

15 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 120.

16 *Ibid.*, p. 122.

17 MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, p. 70.

18 *Ibid.*, pp. 70-71.

19 “Wir Menschen sind stets mehr unsere Zufälle als unsere Wahl” da nombre, por ejemplo, a un subepigrafe, in: MARQUARD, O (1986). *Op. cit.*, pp. 127-132. Véase también MARQUARD, O (2004). *Op. cit.*, p. 17.

resistimos a la herencia tradicional y *cambiar*. Pero no *podemos*. No podemos cambiar todo, sino sólo una pequeña parte, la herencia de la tradición lo impide, al imponerse sobre el carácter efímero de nuestra vida. Nuestra capacidad de fundamentación se ve superada en primer y último término por nuestra brevedad vital. Irónicamente Marquard formula, frente a los primeros principios, un principio de inercia de la historia, un principio que es *antiprincipio de la conexión*: “en todo porvenir engendrado mediante un cambio se conserva constante una cantidad de provenir, la cual supera ampliamente la cantidad de transformación”²⁰. Tanto es el peso de la tradición que el peso de la prueba, el *onus probandi*, recae no en quien se resiste al cambio, sino en quien lo propone, en el sujeto transformador.

Es vano, en definitiva, el intento de escapar a nuestro “destino”, pues nos constituye desde el punto y hora en que no disponemos de todos los días para inventarnos. Esta mortalidad constitutiva nos destina: porque morimos y tenemos conciencia de ello, somos y estamos destinados a nuestro pasado experiencial. La Hermenéutica es así el *arte de la preservación*, pues no podemos distanciarnos de todo mediante la interpretación. Hay lo indistanciable, lo que nos vemos obligados a repetir como las tradiciones, las costumbres, los usos, algo previo a la interpretación, que nos vertebra de antemano (un *a priori*, aunque Marquard no lo designe así, que materialmente no es racional, sino fáctico, que no es lógico, sino empírico, que no es atemporal, sino histórico, que no es *a priori*, sino *a posteriori*).

Y a este destino de ser siempre mayormente nuestro pasado -cambiando donde no es posible el cambio, es decir, interpretando- replica la Hermenéutica:

Sólo esta tercera definición [finitud es mortalidad] reúne de forma expresa finitud y tiempo, como yo había exigido para obtener un concepto de finitud hermenéuticamente relevante. Por ello a continuación recurriré a este concepto y no a otro, para explicitar y hasta hacer algo más atractiva mi tesis fundamental, según la cual la Hermenéutica es la réplica a la finitud humana. [...] la *Hermenéutica* si es réplica a la finitud, es también réplica a la muerte²¹. Ahora bien, porque morimos, “en última instancia, la herencia de la tradición es indisoluble. En cuanto pregunta cuya respuesta es la Hermenéutica, la herencia de la tradición siempre es más pregunta de lo que la Hermenéutica puede ser respuesta²².

1. HERMENÉUTICA Y FINITUD DE LA EXPERIENCIA

En cualquier caso, la muerte a la que replica la Hermenéutica no es sólo la propia, sino también la de los demás. Finitud significa tanto la muerte de uno como la de los otros. La Hermenéutica responde, aparte de a la tradición, a la *caducidad*, a la muerte ajena. Y aquí, a nuestro entender, la respuesta de la Hermenéutica (de Marquard) corriendo en la misma dirección, lo hace en sentido inverso, al pasar del “distanciamiento” a la “adaptación”. Con ello, podemos añadir según nuestra interpretación, cambia el *valor modal* de la presencia del pasado. El futuro necesita pasado. No hay porvenir sin provenir. La “Hermenéutica distanciante” lo constata como hecho: no *podemos* ser sin lo que fuimos. La *Hermenéutica adaptativa*, según nuestra interpretación, viene a convertir el hecho en valor: no *debemos* ser sin lo que fuimos. De modo que cuando la Hermenéutica interpreta la muerte como caducidad transforma el hecho del pasado en el *valor* del pasado: si queremos rápidamente un futuro mejor hay que conservar lentamente el valioso pasado. La obligación del pasado se vuelve moral. Conservar es un *deber*. Frente a la aceleración del tiempo, a la rapidez creciente de los cambios, debemos preservar la experiencia pretérita.

20 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p.123.

21 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p.121-122.

22 *Ibid.*, p.124.

Veamos cómo lo dice el propio Marquard: “puesto que morimos, somos siempre, en gran medida, nuestro pretérito. No podemos desprendernos, a nuestro libre arbitrio, de nuestra procedencia, mas tampoco nos resulta *licito*”²³. La razón de esta ilicitud ya está dada explícitamente: “puesto que morimos”. Morimos siempre prematuramente. Como morimos demasiado pronto, así como nacemos demasiado tarde²⁴, la herencia de la tradición, aparte de ser un lastre, es una protección ante la incapacidad congénita que tenemos de someter todo a reglas fundamentalmente nuevas. No tenemos días suficientes para inventarlo absolutamente todo. Para cambiar necesitamos una base experiencial. Eso es lo que, reducido a su elementalidad, quería decirnos el “antiprincipio de la conexión” ya visto. Pero, como afirma el mismo Marquard, este antiprincipio “se enfrenta con dificultades ante la segunda figura de la muerte –*la muerte de los otros*–: pues *con cada muerte muere la comprensibilidad del pasado para los supervivientes*”²⁵. La muerte de los demás hace que nuestro pasado se deslice hacia la incomprensibilidad. Y en eso consiste la *caducidad*, en que lo pasado se va escurriendo hacia lo incomprensible. De modo que si la muerte de cada uno obliga a atenerse a una base, la del pasado, ahora la muerte de los otros y la consiguiente pérdida de la base del pasado, la finitud de la experiencia, *obliga* a conservarla:

Los hombres se defienden contra esa caducidad: deben *retener, conservar*. El motivo que les impulsa a ello se puede designar de varias maneras: necesidad de continuidad y obligación de identidad, ansia de esa felicidad que reside en la autoconservación, ‘miedo a sufrir una pérdida’, desconfianza en el porvenir por falta de provenir, agorafobia temporal, etc. Pero –*vita brevis*– los seres humanos no logran conservar todo; intentan en balde retener la comprensibilidad inmediata de su pasado; pues nadie vive el suficiente tiempo como para transmitir a los que le sobreviven todo lo que él mismo comprende²⁶.

En efecto, si hemos entendido bien a Marquard, nos enfrentamos a la paradoja de que eso que queremos cambiar que la muerte propia hace que no podamos cambiar ahora, al cambiar por la experiencia de la muerte ajena, sea algo que tenemos que mantener. En ambos casos, expresión los dos de que “el más escaso de nuestros escasos recursos es el tiempo de nuestra vida”²⁷, se hace precisa la Hermenéutica, para, digámoslo así, aprender a no vivir por encima de nuestras posibilidades, las posibilidades de la finitud. En el primero, la Hermenéutica, como arte del *distanciamiento*, intenta hacer soportable el pasado, dada su inevitable presencia: donde no podemos innovar interpretamos (para innovar). En el segundo, la Hermenéutica, como arte de la *adaptación*, intenta hacer inteligible el pasado, dada su inevitable ausencia: donde no podemos continuar interpretamos (para continuar): “La Hermenéutica responde a ese estado de finitud condicionado por la mortalidad: *responde a la caducidad*, pues la Hermenéutica es retener allí donde no se puede retener; allí *en lugar de eso* se debe *hacer otra cosa*, a saber: *interpretar*”²⁸. Esta es la oscilación polar de la Hermenéutica, como *Filosofía del “en lugar de eso”*, entre la mortalidad del uno y la mortalidad del otro. Para no morir innovamos, para innovar conservamos. Para no morir conservamos, para conservar innovamos. Ésta es la paradójica Hermenéutica de Marquard y su (anti)principio de finitud. Al menos, así interpretamos el espíritu de su letra.

23 *Ibidem.*

24 MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, p. 70.

25 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 125.

26 *Ibidem.*

27 MARQUARD, O (2004). *Op. cit.*, p. 9.

28 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 126.

2. HERMENÉUTICA Y EXPERIENCIA DE LA COMPENSACIÓN (DE LA ACELERACIÓN MODERNA)

Las consideraciones de Marquard son toda una Antropología, no trascendental, pues con inspiración fichteana siempre resulta que “la Hermenéutica torna el punto de vista trascendental en punto de vista histórico”²⁹, y, por lo demás, la Antropología es la más “empírica” de las disciplinas filosóficas³⁰, una Antropología del tiempo, elaborada a partir de la conciencia de que el futuro más cierto es la muerte, lo que nos lleva a apresurarnos, y simultáneamente elaborada a partir de la conciencia de que el pasado más inevitable es nuestro nacimiento, lo que nos lleva a demorarnos. Hambrientos de futuro y dominados por nuestro origen, no podemos elegir si queremos vivir rápida o lentamente, sino que hemos de vivir con premura y vacilación a la vez. A ello, a la doble vida temporal nos obligan la carestía y la carencia de tiempo vital. Pero siendo una Antropología del tiempo, esas consideraciones también son históricas. Y en nuestra historia cuando más se ha acentuado como experiencia la inevitable dualidad conceptual de apremio y lentitud es históricamente en los tiempos modernos: “Esto vale para todo ser humano. Vale especialmente para el hombre moderno. El mundo moderno aumenta simultáneamente la velocidad de innovación y la humana necesidad de lentitud. Pues cuanto más conduce la aceleración de la innovación a una sobrecarga de innovación, tanto más fuertemente crece la necesidad de compensar las rupturas de la continuidad: mediante el cultivo de la lentitud, mediante la cultura de la continuidad”³¹.

Precisamente Marquard con su enfoque compensatorio, con su compensatoria “Filosofía del en lugar de” va a ligar la génesis de las Ciencias del Espíritu o Humanidades, en general, y de la Hermenéutica, en particular, a la compensación de esa aceleración que, a su vez, caracteriza a la Modernidad.

Presentemos la tesis marquardiana en términos globales antes de entrar en los detalles que afectan específicamente a la Hermenéutica, recalcando de antemano que con ella nuestro autor va a romper con el prejuicio histórico (principalmente de raigambre positivista) que presenta a las Ciencias de la Naturaleza, a las “Naturalidades” que diría Ortega, como un intento (consumado o no) de superar a las Humanidades, como un avance o progreso sobre las (falsas) Ciencias Narrativas o la cultura literaria. Brevemente, la idea es la siguiente: el éxito de las Ciencias Naturales exactas, cuyo establecimiento empieza en el siglo XVI, no elimina ni disminuye la necesidad de las Ciencias Narrativas³², sino que, antes al contrario, engendra y aumenta su necesidad, las hace inevitables³³, lo que explica que las Ciencias del Espíritu sean más recientes que las Ciencias Naturales, pues su periodo de establecimiento comienza dos siglos después, en el s. XVIII. Conforme el mundo moderno se va modernizando y el mundo va haciéndose más ahistórico, se hacen más imprescindibles, como compensación, las Ciencias del Espíritu. Cuanto más moderno es el mundo moderno, **más hay que contar, pues ante la rapidez acelerada del mundo del cambio tecnocientífico, el humano lento es el más preparado.** De ahí el bajo continuo de Marquard que resuena así: *narrare necesse est*:

(...) los humanos en sí son lentos, el mundo moderno mismo es rápido. Y ni el mundo rápido ni los humanos lentos pueden ser suprimidos. Quien niega el mundo del cambio acelerado

29 *Ibid.*, p. 135.

30 MARQUARD, O (1982). “Zur Geschichte des philosophischen Begriffs ‘Anthropologie’ seit dem Ende des achtzehnten Jahrhunderts”, in: *Schwierigkeiten mit der Geschichtsphilosophie*, Ed. cit., pp. 122-144. MARQUARD, O (1995). “Der Mensch ‘diesseits der Utopie’. Bemerkungen über Geschichte und Aktualität der philosophischen Anthropologie”, in: *Glück im Unglück*, Ed. cit., pp. 141-154.

31 MARQUARD, O (2004). *Op. cit.*, p. 10.

32 MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, p. 63.

33 MARQUARD, O (1986). “Über die Unvermeidlichkeit des Geisteswissenschaften”, in: *Apologie des Zufälligen*. Stuttgart, Reclam, pp. 98-116.

renuncia a irrenunciables medios de supervivencia del ser humano; quien niega a los lentos humanos renuncia a los humanos. Lo cual significa que en el mundo moderno debemos tener vivencia de ambas cosas: de la rapidez (porvenir) y de la lentitud (provenir). No se trata ahora de liberarse de la tensión entre rapidez y lentitud de una manera antimoderna, obligando al mundo moderno a elegir entre tomar el camino de la revolución o apearse del tren, sino que se trata, antes al contrario, de conservar la tensión entre rapidez y lentitud, conservando -dada la aceleración del cambio en el mundo moderno- la posibilidad de vivir lentamente como humanos. Por ello pertenece al mundo moderno, en medio de su rapidez -de manera compensatoria- el desarrollo de formas que permiten al humano vivir lenta y confiadamente dentro de un mundo rápido³⁴.

Y uno de los modos de lograrlo es precisamente la Hermenéutica y, en especial, la ya mencionada "Hermenéutica adaptativa". Efectivamente, cuando la caducidad de lo que hay pide retener y no cabe retener, se debe hacer otra cosa, *en vez de retener*, hay que hacer lo que *compensatoriamente* hace la Hermenéutica, hay que interpretar. Es la "Hermenéutica de la restauración en el reino del espíritu"³⁵. Hay que interpretar para salvar la comprensibilidad de cosas y textos en contextos aceleradamente cambiantes:

A esta especie de interpretación que compensa la pérdida de comprensibilidad primaria con un volver a hacer comprensible la llamo *Hermenéutica adaptativa*. Es una *réplica a la caducidad*, que adquiere mayor actualidad cuanto más se acelera la transformación de la realidad y, en consecuencia, se producen más pérdidas de familiaridad, esto es, se genera extrañamiento. Tal es el caso del mundo moderno. Puesto que en este mundo porvenir y provenir se desconectan de modo excepcional [...], nacen precisamente en su seno -de forma compensatoria, como decía Joachim Ritter- las Ciencias Hermenéuticas, las Ciencias del Espíritu. Y cuanto más velozmente cambia todo sin pausa en la realidad actual, tanto más urge el arte de la refamiliarización, la Hermenéutica. Al mismo tiempo, debido al aumento del ritmo de las transformaciones, se dan oportunidades particulares para practicar la Hermenéutica³⁶.

En efecto, a la aceleración de las transformaciones del mundo contemporáneo, que hacen que lo más propio se nos haga extraño, que perdamos la experiencia y se extrañe el mundo³⁷, que se disocien las expectativas de la vida de las experiencias de la vida, responde la Hermenéutica con su lentitud compensatoria, la cual permite no ya sólo reapropiamos de lo extraño, sino apropiamos de lo extraño. Con lo cual podemos "volver" incluso a los paraísos de los que nunca nos echaron, recordando lo que no habíamos olvidado, pues ni siquiera lo conocíamos. "Por tanto, el mundo moderno no es sólo la época de la caducidad radical, sino simultáneamente la época de la respuesta radical a esa pregunta que es la caducidad: también la auténtica época de la Hermenéutica adaptativa"³⁸.

34 MARQUARD, O (2000). *Op. cit.*, pp. 71-72.

35 MARQUARD, O (1995). *Op. cit.*, p. 69.

36 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 126.

37 MARQUARD, O (1986). "Zeitalter der Weltfremdheit", in: *Apologie des Zufälligen*, Ed. cit., pp. 76-97. MARQUARD, O (1994). "Krise der Erwartung – Stunde der Erfahrung", in: *Skepsis und Zustimmung*. Ed. cit., pp. 70-92.

38 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 127.

3. HERMENÉUTICA Y EXPERIENCIA DE LA GUERRA CIVIL: LA TRANSFIGURACIÓN LITERARIA DE LA HERMENEUTICA

Tal vez –podríamos decir- la virtud de la Hermenéutica es su necesidad, esto es, que no redime, que no salva. La Hermenéutica sólo compensa. No puede ser más, pues somos menos. No es un error no ofrecer una respuesta absoluta cuando no somos absolutos, sino finitos. Y en este sentido, genéticamente, la Hermenéutica replica al libro absoluto: es la *descarga* del libro absoluto. Esta tesis marcuardiana permite hablar de forma *específica* de la Hermenéutica. Hasta ahora la hemos visto de forma genérica, primero, como magnitud antropológica y respuesta casi intemporalmente constante a la experiencia de la finitud tanto como herencia de la tradición como como caducidad; y, segundo, como magnitud histórica y respuesta temporalmente variable a las vicisitudes modernizadoras. Se trata ahora, tercero y último, de considerar cómo y por qué específicamente la Hermenéutica moderna es *Hermenéutica literaria*, tanto en el sentido de que la Hermenéutica se reduce sustancialmente a Hermenéutica literaria como en el sentido de que la Hermenéutica literaria es la Hermenéutica, por excelencia, desplazando a la condición de técnicas auxiliares a la Hermenéutica religiosa y a la jurídica. Así que la pregunta por la pregunta cuya respuesta es la Hermenéutica se formula ahora como la pregunta a la que responde no la Hermenéutica inespecífica en su conjunto, sino de forma específica la transfiguración literaria de la Hermenéutica. La tesis de nuestro autor es que la experiencia de la guerra civil de religión es la pregunta (o, al menos, una pregunta) a la que la transfiguración literaria de la Hermenéutica ofreció respuesta.

Para interpretar mejor esta tesis hay que tener en cuenta una nueva dicotomía hermenéutica establecida por Marquard. Si la anterior era de hermenéuticas opuestas, pero, en cierto modo, siempre a nuestro juicio, complementarias, entre una Hermenéutica “distanciante” y otra “adaptativa”, la nueva dupla lo es de hermenéuticas también opuestas, pero diametral y dramáticamente, entre una *Hermenéutica singularizante* y otra *pluralizante*. Se trata, de forma respectiva, del antagonismo irreconciliable entre la interpretación que rastrea un solo “espíritu” a partir de una “letra” múltiple, y la interpretación que, por el contrario, rastrea a partir de una sola “letra” un “espíritu” múltiple. La Hermenéutica que singulariza en la fase aguda de imposición institucional de la religión se corresponde con la Hermenéutica teológica, la que conmina a someter la forma plural de las historias literales al orden de un sentido espiritual único y absoluto, como autoafirmación de la ortodoxia contra la heterodoxia y la herejía. De la férula impositiva singularizante no escapó la Hermenéutica teológica protestante. Con la Reforma se enfrentaron dos hermenéuticas singularizantes que porfiaban por la única interpretación correcta, con sentido o significado salvífico, de la Escritura Sagrada como texto absoluto. Marquard se resiste a la tentación de tratar la pugna entre Hermenéutica católica y Hermenéutica protestante como caso extremo de oposición entre Hermenéutica adaptativa y Hermenéutica distanciante, pero subraya con firmeza que la Hermenéutica singularizante se cernió sobre la pluralizante sólo cuando, generación tras generación, esa contienda hermenéutica se hizo “sangrienta”, cuando la guerra civil religiosa resultó ser también una guerra hermenéutica: una guerra civil por el texto absoluto. Su tesis es la siguiente:

La Hermenéutica responde a esa experiencia de la mortalidad de la guerra civil hermenéutica por el texto absoluto, en tanto que -transformándose en Hermenéutica pluralizante, es decir, literaria- inventa el texto no absoluto y el lector no absoluto: algo, así pues, que –fuera de sus muestras más tempranas: los humanistas- en el fondo, aún no existía antes: el texto literario y el lector literario³⁹.

La "literalización" de la Hermenéutica (*originalitas, non veritas, facit interpretationem*), en particular, y las Humanidades, en general, substancian la réplica al trauma del guerracivilismo confesional⁴⁰. La lucha en la que unos y otros se mataban por la única comprensión absolutamente correcta del único libro absoluto (y luego, con la singularizante Filosofía de la Historia) por la única Historia absoluta, la lucha por el univocismo, sangre, sudor y lágrimas mediantes, hizo necesaria la ambigüedad, la *paz hermenéutica*⁴¹. Esa paz se logró e hizo estable cuando se descubrió que no hay un solo Libro (ni una sola Historia), sino muchos libros, la literatura (y muchas historias, la culturas pluralistas), es decir, que para cada libro (y para cada historia) hay siempre varias posibilidades de interpretación, las cuales se han de cultivar mediante la Hermenéutica de la pluralidad de comprensión, esto es, por las hermenéuticas Ciencias del Espíritu.

Por eso Marquard repite tanto en sus escritos que la univocidad no es para las ciencias del espíritu interpretativas un ideal que no se alcanza, sino un peligro que hay que evitar, el peligro de la Ciencia unificada, que reduce la capacidad humana de hacer preguntas. Se trata del valor (en toda la extensión semántica de la palabra) hermenéutico de alcanzar el benéfico logro de la equívocidad⁴², de cultivar el pluralismo científico⁴³. Esto, si se nos permite decirlo así, no sería una debilidad de la Hermenéutica que pluraliza, sino su fortaleza, su paradójica virtud, la de apartar las ilusiones de absoluto. Y es que quien admite razones en plural (el pluralismo siempre es *los pluralismos*) probablemente no recurra a las armas:

(...) la Hermenéutica que se transforma en pluralizante *hace algo en lugar de*: reemplaza el 'ser para matar' por el 'ser para el texto': ser para un texto conciliador, con sentido para el tacto y la reserva; lo cual significa hacer tolerantes a los textos ante la voluntad de poder en materia de historia efectiva⁴⁴. No en balde resulta que "el concepto conductor de esta Hermenéutica es la negación de la muerte, la *vida*: el hablar y dejar hablar de la conversación infinita, al que pertenece el leer y dejar leer, sirve a la vida y al dejar vivir"⁴⁵.

Leer y dejar leer fomentan la búsqueda de ese contexto que relativice las controversias absolutas sobre la comprensión textual, favoreciendo aquello que en la comprensión del texto está fuera de controversia. Es lo que se consiguió con la transformación literaria de la Hermenéutica, con la transformación del texto absoluto en texto literario, del lector absoluto en lector estético. Así la Hermenéutica neutraliza los textos absolutos haciéndolos interpretables, es decir, textos que se pueden leer siempre de modo diverso y que pueden significar siempre algo distinto, textos, por consiguiente, susceptibles de interpretación. El texto literario, así pues, es el paradigma hermenéutico.

Sin embargo, Marquard reconoce el ubicuo reinado del malestar por el auge de la Hermenéutica literaria. La razón del mismo viene por la desmemoria del mundo acrecentada por su velocidad de transformación. Se olvida la pregunta cuya respuesta supuso el primado de la Hermenéutica literaria, esto es, el peligro de la guerra civil hermenéutica. La lejanía de la Guerra de los Treinta Años y del terror de la Revolución Francesa le dan una "aparición de obsolescencia" a la Hermenéutica literaria. De hecho, se dan casos de nueva Hermenéutica absoluta, desde el caso cómico de que, cuando los teólogos se han hecho filólogos, son muchos los filólogos que parecen aspirar a convertirse en teólogos, hasta el caso serio de la Filosofía de la Historia, revolucionaria, que transforma las múltiples historias en una única Historia absoluta, y con ello no muestra voluntad alguna de evitar el peligro del regreso de la guerra civil hermenéutica, quizá

40 MARQUARD, O (2004). *Op. cit.*, p. 52.

41 *Ibid.*, p. 132.

42 MARQUARD, O (1986). *Op. cit.*, pp. 107-110.

43 MARQUARD, O (1995). "Das pluralistische Manifest?", in: *Glück im Unglück*. Ed. cit., pp. 115-122.

44 MARQUARD, O (1981). *Op. cit.*, p. 130.

45 *Ibid.*, p. 131.

porque antes de sentir el deber de evitar esa guerra quiera ganarla en cuanto revolución. La respuesta necesaria para evitarla, aunque si acaso no suficiente, estriba en vivir y dejar vivir mediante el leer y dejar leer, o sea, en el procedimiento pluralizante de la Hermenéutica literaria, que también abarca la historia, el cual trabaja con el medio liberal de la *división de poderes*; a saber, con la división de poderes de los escritos e interpretaciones, la división de esos poderes que son las historias e incluso de esas potencias que son los textos.

Que la Hermenéutica abarque la historia, las historias, las muchas historias que envuelven a los humanos, y que recurra a su instancia es algo que permite comprender e interpretar la comprensión y la interpretación hermenéuticamente. Esto no es un galimatías ni una perogrullada, sino condición y consecuencia a la vez de la aplicación del esquema pregunta-respuesta, que "no sólo es *el esquema con que opera la Hermenéutica para comprender*, sino que, precisamente por ello, es al mismo tiempo el esquema *con cuya ayuda la Hermenéutica misma puede y debe hacerse entender*"⁴⁶. Es que la pregunta por la pregunta a la que responde la Hermenéutica es una pregunta, a su vez, hermenéutica. La pregunta es siempre condición de posibilidad y de inteligibilidad de la respuesta. También la pregunta por la Hermenéutica. Si la pregunta por la Hermenéutica tiene sentido, habrá que proceder hermenéuticamente. Esto choca con la perspectiva transcendental clásica y con su variante actual -aunque Marquard no lo diga así-, la Teoría de la comprensión (bajo diversas designaciones científicas: Teoría de la comunicación, Semiótica, etc.) y la centralidad del código que ella asume, de manera que la pregunta por la comprensión vendría a equivaler, tanto en la conciencia del emisor como en la del receptor, a la pregunta por el código empleado. Es éste, dijéramos, un punto de vista puramente sincrónico, por el que las Ciencias Humanas adoptarían la óptica del descifrador que se enfrenta a su objeto como "lenguaje secreto", como aquella lengua que no hablo y no comprendo. Pero, si bien es cierto que generalmente no comprendemos todo, esto no significa que no comprendamos absolutamente nada. La Hermenéutica precisamente enseña, es su prejuicio inaugural, su irredimible pecado original, que "comprendemos sólo si ya comprendemos". El hermeneuta no parte ni puede partir de cero, siempre parte de un texto (o lengua, o mundo social) ya comprendidos o *ya siempre* comprendidos de antemano. Así, frente a la pretensión metódica artificial del decodificador, el cual asume un mundo fundamentalmente extraño e incomprensible, el hermeneuta parte de un mundo de la vida familiar, ya comprendido. Por eso a lo que apela el hermeneuta no es al código, sino a la historia. Y aquí, finalmente, encontramos entonces una nueva respuesta a la pregunta por la pregunta cuya respuesta es la Hermenéutica. En efecto, la conexión con un mundo ya siempre interpretado y en que ya siempre nos encontramos en la comprensión, pudiendo recurrir siempre al patrimonio de una comprensión preexistente, salva los problemas, como los de tipo diacrónico, que los descodificadores han, no ya aplazado, sino desplazado y exiliado. "*Por tanto, la Hermenéutica responde a la decodificación compensatoriamente, es decir, conservando los problemas que aquella ha desplazado*"⁴⁷.

Claro que ello supone que los pobres hermeneutas nunca salgan de la historia y que quienes nunca salen de la historia no puedan alcanzar una posición absoluta. Pero, se pregunta retóricamente Marquard, ¿acaso es necesario salir de la historia?, ¿acaso es necesario alcanzar una posición absoluta? Y a quien pueda acusarlo de convertirse en un escéptico le responderá: "yo no debo hacerme escéptico, porque ya lo soy. Y precisamente por eso, puesto que el escepticismo no es tal por representar una sola tesis, sino (en tanto que división de esos poderes que son las convicciones) por representar, respectivamente, varias tesis, justo por ello, digo que en estas páginas he sostenido aquellas tesis que he sostenido, entre las cuales figura también la convicción expresada al comienzo, a saber: que el núcleo de la Hermenéutica es el escepticismo y que la forma actual del escepticismo es la Hermenéutica"⁴⁸.

46 *Ibid.*, p. 119.

47 *Ibid.*, p. 137.

48 *Ibid.*, p. 138.

4. CONCLUSIÓN (NO HERMÉTICA SINO) HERMENÉUTICA

Ahora bien, dada esa convicción como premisa mayor, y dado como premisa menor que Marquard, como afirma en repetidas ocasiones, considera su filosofía como un escepticismo, podemos concluir que uno de los núcleos de la Hermenéutica es el pensamiento marquardiano y que la forma actual del pensamiento marquardiano es la Hermenéutica. O lo que es lo mismo, pero dicho en hipérbole: toda la filosofía de Marquard es nuclearmente hermenéutica y una parte al menos de la Hermenéutica actual es la filosofía de Marquard. O sea, que al hablar de la Hermenéutica de Marquard, hay que entender el genitivo en el doble sentido. Y, por tanto, no sólo en el objetivo, como el pronunciamiento de Marquard sobre la Hermenéutica, sino también subjetivo, pues ese pronunciamiento también pertenece a la Hermenéutica. La Filosofía marquardiana además de hacer consideraciones sobre la Hermenéutica es ella misma una consideración hermenéutica. De hecho, las observaciones de Marquard sobre la Hermenéutica, que hemos estado viendo, son fiel retrato de su escepticismo como Filosofía de la finitud.

En efecto, Marquard era un pirrónico que entendía el escepticismo como un punto medio entre dos vicios: el del saber absoluto y el del no saber absoluto, y cuyos tres rasgos característicos son la sensibilidad para la división de poderes y para lo usual, y la aceptación de la propia contingencia⁴⁹. Estas tres características propias y definitorias del pensamiento marquardiano las hemos visto justo como propias y definitorias de la Hermenéutica. La división del poder exclusivo en poderes es lo principal para un escéptico: la división hermenéutica del texto absoluto en textos relativos, es decir, el pluralismo, es un caso (como la división de la Historia en historias o la de la Filosofía en filosofías) de escepticismo. Lo usual (las costumbres, hábitos, y tradiciones presentes), que sigamos siendo predominantemente lo que ya éramos, es inevitable para un escéptico: el reconocimiento hermenéutico de la necesidad de enlazar con el provenir en aras del porvenir, en lugar de una orientación absoluta frente a la cual la muerte es siempre más rápida en llegar, es decir, el usualismo, es un caso de escepticismo. La aceptación de que las contingencias del destino nos marcan indeleblemente, pues somos más el resultado de nuestros azares que de nuestras elecciones, es un antiprincipio para un escéptico: la capacidad hermenéutica para aguantar la contingencia, pues convivir con el albur no es el fracaso de la absolutidad, sino la normalidad histórica, es decir, el contingentismo, es un caso de escepticismo.

La absolutidad sí fracasa al nombrar al hombre jefe absoluto de la Historia universal, una y total, singular, pues la experiencia de los últimos dos siglos muestra que el hombre no soporta ese papel absoluto. De ahí (sus libros) *Las dificultades con la Filosofía de la Historia* y la *Despedida de lo principal* y la consiguiente *Apología de lo contingente*. Ante el fracaso de la Hermenéutica de la absolutidad humana, el escepticismo lleva a nuestro autor a una Filosofía de la finitud humana para la que son importantes los siguientes cinco temas, de los que tres precisamente hemos visto como propios y definitorios de la Hermenéutica y los otros dos también, aunque implícitamente: a) la brevedad de la vida humana; b) el pluralismo; c) las compensaciones; d) la cultura de las reacciones-límite, y e) la necesidad de estilo⁵⁰. Estos cinco *topoi* son las cosas importantes filosóficamente para Marquard, y son las cosas importantes para la Hermenéutica.

Como sólo tenemos una sola vida finita, *la vida siempre es breve*. Nuestra finalidad se ve limitada por nuestra mortalidad. El futuro siempre es corto, lo que nos vincula con lo que ya somos. Por eso no tenemos tiempo ni para modelar el porvenir a nuestro antojo ni para prescindir del provenir. La Hermenéutica nos enseña que somos un pasado que nos determina mediante tradiciones contingentes, las cuales antes que elegir las nos eligen.

49 MARQUARD, O (1986). *Apologie des Zufälligen*. Ed. cit., pp. 7-9.

50 MARQUARD, O (2004). *Op. cit.*, pp. 16-22.

Por eso necesitamos *pluralismo*, para mitigar la carencia de tiempo sin dejar que ninguna tradición (ni realidad, ni poder, ni historia, ni convicción, ni libro, etc.) sea lo único definitorio de nuestra vida. Como seres finitos, los humanos no somos libres por soberanía originaria, sino porque las diversas instancias que nos definen se limitan y dividen las unas a las otras. La pluralización de la vida al multiplicar los hombros de carga hace más soportable su peso. La Hermenéutica nos enseña a atenuar la finitud mediante la pluralidad, pluralizando el texto absoluto singular.

Las *compensaciones* contrarrestan las deficiencias de los seres humanos, congénitamente precarios y deficitarios en su finitud, sin redimirlos, pues no son procesos y medidas absolutos, sino finitos y por ello mismo humanos y adecuados al humano. De este modo, frente al auge moderno de la tecnociencia, se da como compensación el desarrollo de las Ciencias del Espíritu, en general, y de la Hermenéutica, en particular. Así, entre otras compensaciones vistas, la Hermenéutica enseña a compensar, como cultura de la preservación, la moderna cultura de la innovación.

Ver las compensaciones, y no sólo las separaciones, es ver más realidad de la prevista oficialmente, es cultivar la inclusión de lo excluido. La razón tradicional desde la época clásica es una razón exclusiva, que quita realidad a todo lo que no entra en el esquema, pero la razón puede entenderse como inclusiva, si se entiende, como la risa o el llanto, como *reacción-límite a lo que no entra en el esquema* inoculándolo de contingencia. Interpretar la razón como inclusiva es suponer que el ámbito de la razón es lo limitado, lo finito. La Hermenéutica enseña que la razón muestra lo que propiamente es no allí donde practica exclusiones, sino donde no alcanza éxito en esa práctica. La razón hermenéutica va al todo, como toda razón, pero, como la razón de la facultad del juicio reflexionante, allí donde el todo ya no es más (del) todo, sino residuo, justo lo que no encaja en el esquema, y a lo que inclusivamente se abre⁵¹.

Cuando la Filosofía renuncia a ser absoluta se hace necesario el *estilo*, la voluntad de estilo compensa la debilidad de la Filosofía. La Hermenéutica enseña a hacer, de la necesidad de la inseguridad del pensador écrivain, la virtud de la buena presencia literaria, con la ligereza y la agudeza como forma, para ser soportado, para compensar la falta de tiempo para ser leído, para descargarse del empeño absoluto en tener razón. La Hermenéutica le ahorra así a uno el esfuerzo de seguir siendo tonto.

51 MARQUARD, O (1995). "Vernunft als Grenzreaktion", in: *Glück im Unglück*. Ed. cit., pp. 38-61.